

EL BALUARTE

Suscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7/50 ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado. Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 78

Sevilla—Sábado 5 de Abril de 1902

AÑO XXVI

Los jesuitas

Jesuita quiere decir tanto como cizaña en campo de trigo; engendro de vicio y de malas pasiones; enemigo jurado del amor de la familia, de la Patria, de la sociedad; algo deletéreo repartido por el mundo para infestar y prostituir la idea, y para dominar al hombre haciéndole esclavo de la infame secta que no ama a la mujer ni con el amor ideal y puro del sentimiento que nos inclina por su naturaleza al sexo femenino, ni aun con la pasión de la carne.

Busca y conquista a la mujer para explotarla, sin pararse en los medios para desviarla de la familia, é influyendo en ella un sentimiento y una pasión mística que la conduce a menospreciar el esposo y a abandonar a su prole. Pero el jesuita tiene amores, sacia sus pasiones bestiales, satisface sus apetitos y rinde culto a la carne, humillándose ante el protegido, adorando al favorito que le acompaña a todas partes, y comparte el talamo en nido de brutal placer que ya condenó ese Dios que invoca cuando decretó y ejecutó la destrucción de Sodoma.

Los hay también solitarios. Tanto los solitarios como apareados: los veréis siempre condenar todo sentimiento honrado, maldecir del amor humano y mundano, preconizando el amor divino antinatural y repugnante, condenado por las mismas leyes en que se informa el principio de la prolongación de los seres en los semos de la naturaleza que necesitan el concurso, el ayuntamiento de dos seres de diferente sexo para la reproducción.

Pero el mundo es solo materia de explotación, y ni aprecia la virtud que desconoce, ni practica la moral social y humana que condena, cierra el paso al progreso, que maldice como su mayor enemigo; prescinde de su personalidad misma, no siendo más que un número en la orden, cuyos preceptos, cánones y disposiciones, son la única ley á que tiene que obedecer y rendir culto.

Es esclavo de sí mismo y de su instituto: con la esclavitud del provecho material, pero sin gozar de los derechos que no conoce y á los que no tiene derecho á aspirar, porque su estatuto los prohíbe.

No comprendemos los miedos y las vacilaciones de los gobiernos para la destrucción de esta plaga social, que causa más víctimas que las invasiones epidémicas que ya la ciencia ha dominado.

¿Es que pueden existir ciertas complicidades cuando tan grande es la resistencia para destruir á este enemigo de todos?

Así nos parece á nosotros, porque el jesuita no tiene poder ninguno; ni levanta legiones, ni arma ejércitos, ni dispone de fuerzas: es cobarde, y sus armas son las de la traición y las del engaño, la reducción de incautos y el trabajo arduo y disimulado; pero no puede nada, no es nada, no representa nada, y para destruirle y anularle, no hace falta más que querer, como quisieron los reyes y los gobiernos, como quiso y realizó Carlos III, Borbón y Borbón católico, á machamartillo, aunque le falte algo.

No pisó la cabeza de la víbora, y se reprodujo, y ahora infecta nuestras grandes ciudades, y acapara los tesoros de nuestra patria, é impuso con imperio absoluto en el hogar, porque se ha hecho dueño de la mujer y porque el hombre le obliga á mal contenido disimulo para evitar disgustos en el hogar.

Esta es su fuerza y contra este fuertesí no se levantan las medidas legislativas del estadista, habrán de alzarse los furios apasionados del revolucionario, que se verá precisado á apelar á todos los conjuros de la fuerza, para aplicar el castigo, destruyendo la cizaña y librando á la sociedad y al Estado español de esa yerba nociva que destruye nuestras cosechas y esteriliza todos los esfuerzos consagrados al bienestar y á la prosperidad de España, juntamente con la moral de los pueblos y con la tranquilidad de las familias deberes supremos de pueblos y gobiernos.

A. A.

La evolución de la gloria

Se multiplican las estatuas y los mausoleos, los monumentos y los cuadros conmemorativos, las condecoraciones y las alabanzas. Se suceden sin intervalos las veladas onomásticas. Cada periódico es un himno al héroe del día.

No salimos de casa sin encontrar modificado en obsequio de alguien el nombre de una calle. Nuestros propios nombres, Pepro, Juan, Antonio, son los de grandes muertos.

Vivimos en pleno culto de los héroes, y como su existencia no tiene más objeto de que la producción de nuevos hombres superiores, las gentes se unen para honrarlos, con la esperanza de ser honrada á su vez mañana.

El deseo de gloria, llámese honor, llámese vanidad, es el estímulo más fecundo de las almas humanas, de las mejores cuando menos.

No ha sido siempre así. Era en otro tiempo tan difícil la conquista de la gloria, que parecía locura perseguirla.

El ideal del sabio consistió en retirarse del mundanal ruido para vivir oscura vida, ni envidiado ni envidioso. Le ridiculizaba el afán de nombradía. Siempre la humanidad, como la zorra de la fábula, ha tendido á ridiculizar lo inasequible.

Lo perfecto era comer, dormir y soportar resignadamente los dolores naturales de la vida, sin echarse á buscar otros nuevos. Sólo una gloria merecía respeto: la del poder, la de la autoridad, la de la fuerza. Era en verdad la única que solía llegar á las aisladas casas de nuestros antecesores.

Hoy se ha roto el aislamiento antiguo. Llegan á los hogares los periódicos y destierran las preocupaciones personales. Ya no se piensa tanto en uno mismo, y sí más en lo común. Pero lo común, aquello de que hablan los periódicos, más son las personas que las cosas.

Se escribe más acerca de los políticos, los artistas, los sabios y los filántropos, que de la política, el arte, la ciencia y la filantropía. Los ridiculizados se han impuesto. Los periódicos son bombas impelentes, que, puestas en las plazas públicas, arrancan á las gentes de sus casas.

Aún protesta el hogar contra esta extensión indefinida de la calle y de la plaza. ¡Vanidad, vanidad!, dicen las casas. ¡Egoísmo, miseria!, replican los hombres de la calle. ¡Egoísmo, miseria!... ¡y es verdad!... Lo más noble de la vida humana, arte y ciencia, patria y trabajo, moral y religión, pertenece a la plaza y á la calle. Pero cuando se dice: ¡vanidad, vanidad!, no se incurre tampoco en error.

El culto de los héroes y el deseo de ser uno de ellos es pura vanidad. A los héroes los destruyen sus obras; á Homero, Aquiles; á Cervantes le matará *D. Quijote*. Los héroes se destruyen por contraposición: al de la opulencia, el de la caridad; al guerrero, el humano.

Se destruyen igualmente por yuxtaposición: ya no se limita nuestro culto á los de la familia, los del pueblo ó los de la nación; honramos á los de la humanidad. Todos acuden á esta concurrencia é influyen en nosotros.

Adoramos á cien poetas, cien guerreros, cien inventores... ¿qué importa un nombre más?... ¿recordará nadie la lista completa?... Y finalmente, á los héroes los destruye la crítica. Son como esas ciudades y esos monumentos y esos hombres que fingen desde lejos las crestas de rocas. Os acercáis y desaparecen.

La gloria es vanidad. Pero la vanidad no es sentimiento condenable. A los ojos de los astros parecerá inútil y mezquina la elevación de una columna de humo ó un globo de espuma de jabón; á nuestros ojos de hombres pegados á la tierra, su ascensión es un ideal.

Así la vanidad. Las almas verdaderamente nobles no necesitan el estímulo de la gloria para hacerse útiles á los demás. Saben serlo en silencio, porque dentro de sí, y no fuera, encuentran móviles á su conducta generosa.

Por ahora no ha de exigirse que sean así todas las almas.

En el fondo de nuestro ser sólo anidan los bajos instintos que nos legó la historia: el de conservarse y el de reproducirse. El deseo de gloria, la vanidad, es ya sentimiento tocado de

altruismo, pues si bien se refiere solamente á nosotros, nos hace pensar en los demás, inclinandonos á vivir en su memoria.

Parte de un reconocimiento de los otros, entraña un comienzo de amor, es, cuando menos, un saludo al prójimo. Es, desde luego, superior á la ambición, deseo de un gran puesto, que es instinto de dominio, como el instinto de dominio es superior al afán de bienestar, que como este móvil, que ya supone cierto refinamiento en los sentidos, es superior al miedo, estímulo que compartía con las bestias el hombre primitivo.

La moral es eterno devenir, evolución interminable. Del miedo surgió la codicia, de la codicia la ambición, de la ambición el honor, el culto de los héroes, llámese gloria, heroísmo—todo vanidad.—Pero no maldigamos de la vanidad, del honor. El deber, estímulo cardinal en la sociedad de nuestros nietos, necesita hoy por hoy los andadores de la gloria. Es su hijo: ya se emancipará.

RAMIRO DE MAEZTU.

EL GLOBO

En el rol presentado (hace más de cuarenta años) al comandante del puerto de la Habana por el capitán del bergantín *Relámpago*, y en el cuaderno de bitácora correspondiente, consta una singladura, en la cual se lee:

«Amanecemos con cielo y horizontes despejados, viento fresco del ESE., marejada del mismo y rumbo al O3O, navegando en 12 cuartas con todo el aparejo largo, excepto los jua-netes y sobres, que hubo que cargar y aferrar cuatro horas antes, por haber refrescado el viento.

A eso de las ocho de la mañana, y hallándonos á unas 150 millas de la costa entre los paralelos 35° y 31° latitud Norte, canó el tope que por la amura de babor se divisaba á sotavento un globo aerostático, que descendía rápidamente hacia el mar.

Los anteojos nos permitieron ver que el aeronauta estaba en la barquilla, la cual rozaba las olas pocos momentos después.

La barquilla, que luego resultó estar formada por un enrejado muy fuerte de mimbres, revestidos de los colores nacionales, se llenó de agua, y sumergida casi por completo, funcionaba como potente freno, retardando la marcha del globo.

El bergantín hizo por él; y en el acto empezó la regata más original que se ha visto en el mundo: la de un globo huyendo de un bergantín, y la de un bergantín dándole caza.

El globo perdía hidrógeno visiblemente pues á la media hora de corrida, no pudiendo ya sostener el peso de su envoltura, tocó en el agua y siguió á flote huyendo del bergantín, mas retardando de tal modo su velocidad, que el buque cazador pudo casi atracarse á él.

Nuestra sorpresa entonces fué extraordinaria, porque pudimos observar que el aeronauta era una mujer enteramente desnuda y de rarísima belleza; una Venus saliendo del mar.

—¡Un vestido! ¡Por Dios, que estoy desnuda!—dijo con voz casi apagada, cuando yo me acercaba en el bote á recogerla.

Con sábanas que hice bajar de á bordo quedó luego cubierta aquella incomparable desnudez, teniendo yo que hacerlo así por mí mismo, pues ella podía valerse apenas, á causa de tener atravesados los antebrazos, cada uno por dos enormes puñaladas, además de otra herida en un hombro y varias cortaduras en el pecho.

Con gran respeto y hondísima lástima la trasladamos á bordo y la instalamos mejor que se pudo en la cámara del bergantín. Pero no bien se halló en el improvisado lecho y me hubo dado las gracias, perdió el conocimiento. Yo acudí inmediatamente á curarle las heridas, y una hora más tarde volvió en sí, pero con una debilidad extrema. Tomó algún alimento, y á poco empezó á delirar.

¿Cómo aquella mujer (ó aquella Venus) se encontraba á más de 150 millas de la costa? ¿Quién era? ¿Quién la había herido? Pues, por la dirección de las heridas, bien se dejaba ver que no se trataba de un intento de suicidio.

Todos los de á bordo nos hacíamos las anteriores preguntas.

Un sueño reparador pareció volverla á la vida y al uso de sus facultades; pues al anoche-cer, con voz muy débil y con grandes interrupciones, que á veces terminaban en síncope, me dijo lo siguiente:

—Capitán: yo me muero... De estas heridas ha manado mucha sangre y me siento desfallecer. Pero esto es lo de menos: lo que me mata es la agonía en que he pasado veinte horas seguidas, hasta que usted me salvó... Soy francesa, y si hablo corrientemente el español, es porque mi madre es gaditana... Yo me llamo Rosa Dulong y López... Mi padre fué el famoso aeronauta Dulong, que había hecho más de cien ascensiones, casi todas con gran felicidad. En mi casa no había lujo, pero sí bastante holgura. Contento no había, porque mi madre estaba temiendo siempre una catástrofe, no sólo por mi padre, sino también por mí, pues mi padre hizo que yo lo acompañase en varias ascensiones, con lo cual pude aprender el manejo de los globos.

En las dos últimas estuvo mi padre muy desgraciado: en ellas se le destrozaron los globos; y para reponerlos, tuvo que acudir á los ahorros que en casa había. En la última ascensión gastó cuanto quedaba. Salió de los Campos Eliseos de París, precisamente hoy hace tres años; subió á gran altura, lo vimos perderse entre las nubes... y jamás hemos vuelto á saber de él.

El hambre entró en mi casa, y no contando ya con recursos, entré al servicio de una compañía de acróbatas que da espectáculos en circo ecuestres y en las plazas de toros de España. He hecho tres ascensiones con felicidad, y mi madre y yo hemos podido vivir. La compañía trabaja ahora en la feria de Sevilla, y ayer, cuando yo, en la pradera de San Sebastián, estaba á punto de embarcarme en el globo, se me acercó una señora muy bien vestida, quien me dijo muy de quedo:

—Aeronauta, si me admities en tu barquilla, te doy mil duros. Tómalos.

Y me alargó una bolsa llena de oro.

—Madre, ¡mil duros! toma, y arroja el hambre flaca de nuestro hogar.

Enseguida entramos en la barquilla, soltaron las anarras y nos elevamos rápidamente por los aires.

La pasajeta se veía huir de la tierra con una alegría que casi rayaba en frenesí.

—¡Bendita seas, aeronauta! ¿Cómo te llamas? Yo quiero que nos hablemos de tí. ¡Qué gozo tan grande el mío al huir de la tierra! ¿Cómo te llamas? ¡Dimelol!

—Rosa.

—Pues yo me llamo Dolores, nombre que me cuadra perfectamente, porque yo soy el dolor de los dolores. ¿Cómo nos alejamos! ¡Qué diminutos aparecen los objetos! ¡Qué chicas las torres de las iglesias. ¿Cómo se angosta el Guadalquivir!

—Es que subimos mucho.

—Y ¿en qué lo conoces, Rosa?

—En lo que baja el mercurio en este barómetro. ¿Quiere usted que subamos más?

—¡Que si quiero!

Y tomé un saquito de lastre, vacié la arena en la atmósfera, y el mercurio empezó á descender nuevamente.

Dolores se sentó en la barquilla, y mirando la columna barométrica, exclamó:

—Esta es la imagen de mi desdichado amor. Mientras más ascendía la pasión en mí, más bajaba en aquel hombre, de hielo para mí, el poco afecto que llegué á inspirarle.

Y Dolores lloraba taciturna...

El viento soplabá del Nordeste con violencia, y yo temí llegar á orillas del Atlántico antes de que cerrara la noche, por lo cual anuncié á Dolores que era preciso descender.

—¿Bajar á la tierra? ¡Ni que lo pienses! ¡Yo no vuelvo más á la tierra! Nunca. Mira, Rosa—me dijo muy despacio:—las sospechas, como serpientes enroscadas á mi cuello, me estaban ahogando. Porque yo tuve celos. ¿Sabes tú lo que son celos? Y dí en seguirle, ¿sabes? Y al fin lo ví con ella, ¡con ella! En su casa de campo. Y como loca me eché sobre él, y de un solo golpe en el corazón le quité la vida. Mira, Rosa: este es el puñal de mi venganza.

